

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

VOLUMEN I



MIGUEL DE CERVANTES

ADAPTADO POR JAVIER SÁEZ DE IBARRA
ILUSTRADO POR RICARDO CAVOLO



DON QUIJOTE DE LA MANCHA

VOLUMEN I

MIGUEL DE CERVANTES



ADAPTADO POR JAVIER SÁEZ DE IBARRA
ILUSTRADO POR RICARDO CAVOLO



LUNWERG
EDITORES

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Textos © Javier Sáez de Ibarra, 2024

Ilustraciones de cubierta e interiores © Ricardo Cavolo, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Lunwerk es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid

lunwerk@lunwerk.com

www.lunwerk.com

www.instagram.com/lunwerk

www.facebook.com/lunwerk

www.twitter.com/Lunwerklibros

Creación y realización: Lunwerk, 2024

Primera edición: noviembre 2024

Depósito legal: B. 13.872-2024

ISBN: 978-84-10378-12-4

Impresión y encuadernación: Macrolibros

Printed in Spain - Impreso en España



Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía un hombre de antigua familia hidalga. Rondaba los cincuenta años, de complexión fibrosa, delgado y rostro flaco. Se ignora su nombre, pues los diversos autores que han escrito sobre él discuten si se llamaba Quijada o Quesada. Su comida era sencilla: olla con algo de carne, duelos y quebrantos, lentejas y algún pichón los domingos; su vestuario, corriente, ya que sin ser rico, no le faltara de nada. Poseía una casa que compartía con una criada bastante madura y una sobrina joven.

Como la mayor parte del tiempo este hombre estaba ocioso, se aficionó a leer libros de caballerías. Estas novelas de género fantástico lo entusiasmaron tanto que se fue olvidando de lo demás; dejó de cazar, que había sido una de sus aficiones favoritas, incluso vendió tierras de labranza para comprar libros y llenó su casa con ellos. A él le parecían maravillosas las increíbles aventuras que narraban, y también el estilo, a pesar de que era bastante anticuado, retorcido y repetitivo —por lo que debía ocupar mucho tiempo en descifrarlo—. Como prueba de ello bien valdrían estas muestras: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de vuestra *fermosura*» o «Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza». Con sus amigos, el cura y el barbero, debatía sobre cuál era el mejor de todos aquellos héroes, si Amadís de Gaula, Palmerín de Inglaterra o el Caballero del Febo; y, como era tan aficionado, incluso pensó en escribir la secuela de alguna de esas historias.

Al final, se obsesionó de tal manera con la lectura que no hacía otra cosa durante el día y hasta se le olvidaba dormir para leer de noche. En consecuencia, se le secó el cerebro, es decir, se volvió loco. Acabó creyéndose que lo allí escrito sucedió de verdad: encantamientos, batallas, desafíos, amores, heridas; y que seres de ficción como el gigante Morgante existieron en la realidad y eran mejores que los personajes históricos; porque, por ejemplo, el Caballero de la Ardiente Espada partió por la mitad a dos gigantes de un tajo, hazaña que ni el mismísimo Cid Campeador había igualado. Por todo ello, imaginaba que brujas, monstruos, hechiceros y caballeros se podían encontrar por ahí si uno recorría el mundo.



No solo eso, llegó a plantearse que sería un caballero itinerante, como los que admiraba. Yo también soy capaz de vivir aventuras, se decía, puedo encarar cualquier peligro, resolver conflictos y reparar injusticias; de esta manera, brindaré un gran servicio a la humanidad y me haré famoso. No se vería reducido a un pobre anciano en su casa dedicado a sus lecturas, sino que se convertiría en poco menos que un ídolo.

Le faltó tiempo para ponerse en marcha. Lo primero que hizo fue rescatar unas armas y una armadura oxidadas y llenas de moho que encontró por los rincones de su casa y que nadie había usado desde hacía más de un siglo. Las limpió como pudo. Cuando vio que al casco le faltaba una pieza de la parte delantera, la rehízo con cartones. La probó dándole un golpe de espada y se rompió; así que la reforzó con unos hierros, aunque no quiso ponerla a prueba de nuevo por si acaso, y se imaginó que era auténtica y fiable.

Necesitaba un caballo para sus andanzas; en la cuadra, había uno de no muy buen aspecto. Sin embargo, le pareció estupendo e incluso buscó un nombre para él que pudiera quedar en la memoria de la gente, igual que se recuerdan el de Alejandro Magno, Bucéfalo, y el del Cid, Babieca. Tras múltiples ensayos que lo entretuvieron durante cuatro días, lo llamó Rocinante, indicando que su mejor época de buen rocín había sido *antes*.

A continuación, como el héroe que esperaba ser, debía inventar un sobrenombre para sí. Esto le llevó el doble de tiempo y hasta los ocho días no se decidió por don Quijote (donde resuena su apellido, que quizás fue Quijada). Además, lo mismo que su idolatrado caballero Amadís llevaba también el apelativo de Gaula, referido al reino del que provenía, el hidalgo pensó que debía añadir el de su tierra, a la que haría célebre por sus triunfos. De modo que terminó por adjudicarse el nombre de don Quijote de la Mancha.

Aún le faltaba algo esencial. Todos los caballeros sin excepción que aparecían en los libros tenían una amada. No ya porque estaban enamorados, sino porque eran imprescindibles para dedicarles sus triunfos. Por ejemplo, reflexionaba, si me encuentro al gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, lo desafío y lo venzo, podré enviarlo a que se presente ante la señora de mis pensamientos. Don Quijote no se había casado; aunque anduvo enamorado tiempo atrás de una moza labradora bastante guapa quien, en verdad, nunca lo supo. Se llamaba Aldonza Lorenzo y había nacido en el pueblo de El Toboso. Como se sentía ya un caballero en su imaginación, entendió que ella sería la gran señora y hasta la princesa que necesitaba; faltaba darle un nombre adecuado, y eligió para ella el de Dulcinea del Toboso, que le pareció muy alto, significativo y que sonaba tan bien como los otros.







Que trata de la primera salida que hizo el ingenioso don Quijote de su tierra

Don Quijote se vistió con el casco, la armadura, el escudo y la lanza, se subió a Rocinante y una mañana de uno de los más calurosos días de julio, antes del amanecer, salió al campo por la puerta falsa del corral sin decírselo a nadie. Iba feliz, imaginando la cantidad de problemas que pensaba resolver, agravios que arreglar y abusos que impedir cuando, de pronto, se percató de un grave inconveniente. Aunque como hidalgo pertenecía a la nobleza baja, no había sido armado caballero, de manera que no podría cumplir sus expectativas de imitar a sus héroes, pues la ley de la caballería establecía que únicamente si se era caballero podía enfrentarse a otro. No obstante, se tranquilizó diciéndose que, a la primera ocasión que surgiera, se haría nombrar como tal conforme al rito establecido, de lo que se encontraban precedentes en los libros.

Cabalgaba sin rumbo, siguiendo el sendero que su caballo tomaba, convencido de que era al azar como se encuentran las aventuras. Mientras recorría los campos de Montiel, don Quijote hablaba en voz alta: Sin duda llegará el siglo dichoso en que saldrán a la luz mis famosas hazañas, dignas de tallarse en bronce y en mármol para que se recuerden siempre. Espero que el sabio encantador cronista de mi historia, quienquiera que sea, no olvide citar a mi querido Rocinante. Y más adelante, como si verdaderamente estuviera enamorado, se dirigió a Dulcinea con un lenguaje copiado de lo que había leído: Oh, princesa de este cautivo corazón, *membraros* [acordaos] de que me habéis arrojado a los caminos sin poder veros y sufro la ausencia de vuestro amor. A imitación de los protagonistas de aquellas novelas, imaginaba las situaciones en las que creía vivir, que se convertiría en autor de heroicidades memorables y que su dama era ingrata como pedían las convenciones.

Sobre la primera de sus aventuras hay discrepancias, unos dicen que se localiza en Puerto Lápice; otros, que fue la de los molinos. Yo, tras haber investigado en los anales de la Mancha, he averiguado lo que sucedió de verdad. Pasó todo el día deambulando por ahí sin encontrarse con nadie; ya atardecía y le apretaba el hambre cuando descubrió una venta de las que acogen a los viajeros. ¡Un castillo con cuatro torres de plata y puente levadizo!, pensó don Quijote. Ahora algún enano se asomará a las almenas y, con un toque de trompeta, me dará el aviso para que pase. Sin embargo, tardaba, por lo que Rocinante se iba impacientando. En esto, un porquero hizo sonar



un cuerno con el que reunir a sus cerdos. ¡Ha sido el enano!, pensó don Quijote, y se dispuso a entrar. A la puerta había unas mujeres de mala vida que se asustaron al verlo tan estrafalario y armado. No temen, doncellas, no les haré ningún mal. Al oírse llamar así, se echaron a reír y don Quijote se enfureció tanto que daba miedo.

Apareció el dueño del establecimiento; casi se muere de risa, pero al verlo muy enfadado quiso disimular, no fuera a ocurrir algún percance. Le dijo que podría atenderlo aunque no había habitaciones. Don Quijote lo llamó «buen castellano» (por creerlo propietario del castillo), pese a que era un pícaro ladrón nacido en Cádiz; le respondió que no se preocupara por eso; como decía el romance: «Mis arreos son las armas,/ mi descanso el pelear».

Descabalgó y pidió que cuidaran bien de su excelente caballo. Luego, las mujeres de la venta lo ayudaron con mucha dificultad a quitarse parte de su armadura, si bien hubo ciertas piezas que no consiguieron sacárselas, entre ellas el casco, con el que tuvo que quedarse toda la noche. Se sentía de todas formas muy contento y les dedicó unos versos que recordaba sobre Lanzarote del Lago, el caballero de Arturo, aplicados a sí mismo: «Nunca fuera caballero/ de damas tan bien servido/ como fuera don Quijote/ cuando de su aldea vino;/ doncellas curaban de él;/ princesas, del su rocino», y aclaró que esa última palabra iba por Rocinante. Añadió que no quería descubrirse el rostro hasta que vieran sus *fazañas* y que desearía realizar cuanto le pidieran con el valor de su brazo. Las mujeres no entendían nada de lo que decía; le preguntaron si deseaba comer y contestó que cualquier cosa, ya que no había probado bocado en toda la jornada. Solo quedaba pescado. Me conformo con lo que haya, porque el trabajo y peso de las armas no se pueden llevar sin el gobierno de las tripas.

Le trajeron un plato muy mal cocinado de truchuelas. ¡Qué ricas truchas! Y un pan negro y mugriento. ¡Una hogaza de candeal, blanco y de la mejor calidad! Todo era perfecto en su cabeza. Sin embargo, como no pudieron quitarle el casco, necesitó que lo ayudaran a comer, algo en verdad complicadísimo. Aún peor resultó darle la bebida, no había manera. Al ventero se le ocurrió coger una caña, cortarla por los lados y tratar de introducir el vino por ese canuto. Estaban en eso cuando un castrador de cerdos tocó su silbato. Esto le confirmó a don Quijote que había llegado a un famoso castillo, que tocaban música en su honor, que la comida era deliciosa, las prostitutas, serviciales damas que le ponían la cena y el ventero, el señor de la fortaleza. Se sentía, por tanto, muy feliz, lo único que todavía le preocupaba era que lo nombrasen caballero.







Donde se cuenta la graciosa manera de armarse caballero que tuvo don Quijote

Don Quijote apuró la escasa cena que le dieron, llevó al ventero aparte y se puso de rodillas ante él. Señor, no me levantaré de aquí hasta que me conceda el deseo de armarme caballero, le dijo, pasaré la noche velando mis armas en la capilla de este castillo como es preceptivo y mañana recibiré la orden. Todo lo cual será un honor para usted, señor mío, y para mí, que podré ayudar a los necesitados y realizar toda clase de hazañas.

El ventero, que era un guasón, decidió seguirle la corriente; le dijo que él también había sido caballero andante de joven y mencionó lugares donde había corrido aventuras, en realidad los peores barrios de Málaga, Sevilla, Valencia y otras ciudades en las que se había visto envuelto en pleitos y hasta con alguna condena de los tribunales. Cuando le preguntó a don Quijote si traía con qué pagarle, este le contestó que no. Nunca he leído que los caballeros paguen por nada. Usted se equivoca, le respondió el dueño de la venta, aunque las novelas no lo aclaran, llevan dinero, ropa para cambiarse, un arcón para ungüentos milagrosos...; no siempre un enano que viaja en una nube aparece a tiempo de asistirlo, necesitan que los acompañe un escudero que se encargue de eso.

Le indicó que no existía capilla en su castillo, pero sí un patio donde podría velar las armas, y lo dejó allí con su locura. Don Quijote se paseaba con su escudo y su lanza bajo la luz de la luna o se quedaba quieto ante sus armas extasiado en su silencio. En esto, llegó un arriero huésped de la venta a dar agua a su recua de animales. Para utilizar el pozo que había en el patio, debía quitar parte de la armadura que don Quijote había apoyado sobre la pila y este, al verlo, lo amenazó. Atrevido caballero, no oses tocar nada o te juegas la vida conmigo. El hombre no le hizo ni caso y lanzó la armadura bien lejos. Oh, amada Dulcinea, exclamó don Quijote, ayúdame a responder a esta ofensa. Y, sin avisar al arriero, le pegó un golpetazo con la lanza en la cabeza que casi lo mata. Después, llegó un compañero suyo con sus mulos y, nada más retirar la armadura del pozo, recibió también un golpe aun mayor que el primero.

Al oír el ruido en el patio, se presentaron más arrieros que se hospedaban con los anteriores. Don Quijote echó mano a su espada y se preparó para la pelea pidiendo a Dulcinea que mirase la victoria que estaba a punto de conseguir. Se sentía invencible,



capaz de enfrentarse a un ejército de arrieros. Estos, en lugar de acercarse, empezaron a tirarle piedras; don Quijote no los atacaba por no separarse de sus armas y se protegía de esa lluvia con el escudo sobre su cabeza. El ventero les decía que parasen, pues a aquel hombre no se le podía meter en la cárcel aunque matase a alguien porque era un enfermo mental. ¡Alevosos, traidores!, gritaba don Quijote, venid aquí si os atrevéis. Y al ventero lo tachaba de malvado por no cuidar de los que llegaban a su castillo.

Al final, viendo que de don Quijote era un loco furioso, pensaron que sería mejor dejarlo tranquilo y recogieron a los heridos. En tanto, él seguía sin inmutarse, velando apaciblemente sus armas. No obstante, al ventero no le hizo gracia lo ocurrido y decidió zanjar el asunto. Señor, le dijo, disculpe lo que han hecho estos hombres de baja condición y acabemos. Ha velado las armas cuatro horas cuando solo son necesarias dos, con que ya se puede cumplir con el rito de nombrarle caballero. Aquí estoy para obedecerle, repuso don Quijote, y más vale hacerlo cuanto antes no sea que me ataquen de nuevo y tenga que cargarme a todos excepto a los que usted me diga que respete.

El castellano, es decir, el ventero, urdió una pantomima para conferirle la orden de caballería y quitárselo de encima, aun sabiendo que los dementes no podían recibirla. Llamó a las doncellas, perdón, a las prostitutas, como ayudantes, le mandó a un muchacho que sujetara una vela y sacó un libro que había en el establo. Ordenó a don Quijote que se arrodillase y fingió que leía una especie de oración. Alzó la mano, le pegó un pescozón en el cuello y, seguido, otro golpe fuerte en la espalda con la espada. Luego le pidió a una de las damas, pongamos, que le ciñese el arma a la cintura. Esta obedeció, conteniendo la risa con algo de miedo de su reacción, y se le ocurrió decirle: Dios le haga a usted muy feliz y le dé suerte en sus combates. El recién armado caballero le aseguró que siempre le estaría agradecido y se comprometía a hacer todo lo que necesitara. Le preguntó cómo se llamaba. La mujer contestó que la Tolosa, hija de un zapatero remendón de Toledo; don Quijote le pidió que en adelante emplease el tratamiento de doña. Y a su compañera, conocida como la Molinera, hija de un hombre de ese oficio en Antequera, igualmente le sugirió que emplease el respetable nombre de doña Molinera.

Sin más, don Quijote montó en Rocinante con prisa por buscar aventuras. Se despidió del ventero, que estaba deseando que se largase de allí, y salió al campo.

Atónitos, ya con menos miedo y habiendo recibido nombres nuevos con que aquel loco los había dignificado, quienes se habían encontrado con él en la venta apenas se creían lo que habían vivido.





